

REFLEXIONES SOBRE LA SITUACION DE NORTEAMERICA

Se transcribe a continuación, resumido, el texto de la entrevista que la revista *Challenge* mantuvo con Arthur M. Schlesinger, Jr. y que ésta publicó en su número de Noviembre/Diciembre de 1991.^(*)

P. En los últimos dos o tres años hemos contemplado acontecimientos extraordinarios, tanto fuera como dentro del país. El colapso del comunismo, la caída del imperio soviético, los crecientes problemas de Estados Unidos. ¿Son estos acontecimientos parte de la dinámica de los ciclos de la historia o, por el contrario, constituyen el inicio de una nueva era?.

R. He escrito sobre ciclos -conjuntos de alternancia- en la historia política norteamericana. Mi noción de ellos sitúa a las generaciones en el centro de los cambios cíclicos. La gente se halla condicionada por las ideas políticas dominantes en el momento en que llega a la conciencia política, y luego, treinta años más tarde -el espacio de una generación- cuando los de su misma edad alcanzan el poder, tiende a querer ver realizadas las ideas adquiridas cuando era joven. La generación que creció durante la Era Progresiva de Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson -de la que formaban parte Franklin Roosevelt, Eleanor Roosevelt, Harry Truman- llegó al poder treinta años más tarde y puso en práctica los ideales progresistas de su juventud. La gente joven que se asomó a la política durante el *New Deal* - como fue el caso de John Kennedy, Lyndon Johnson, Hubert Humphey, Robert Kennedy-, treinta años después, cuando alcanzó el poder en Washington, utilizó las ideas de entonces para desarrollar el programa de la Nueva Frontera. Kennedy, a su vez, influyó en una nueva generación y, si el ritmo se mantiene, esta debería alcanzar el poder en el curso de la presente década y encontrar nuevas formas para los ideales de la Nueva Frontera y de la Gran Sociedad.

Ahora bien, todas esas cosas ocurren en contextos diferentes. El "elemento detonador" cambia. El gran problema en la Era Progresiva, en el momento del cambio de siglo, fue la concentración del poder económico. Cuando el *New Deal*, tal elemento estuvo constituido por la Gran Depresión y el paro masivo. El detonador, en los años 60, fue la justicia social. La década de los 90 tendrá su detonador propio. Un elemento nuevo que nos afecta en gran manera es el hecho de que la economía de Estados Unidos se halle mucho más integrada a la mundial que antes. Esto significa que Norteamérica es mucho más vulnerable ante los acontecimientos económicos internacionales.

P. ¿Sugiere usted que la competitividad de Estados Unidos en el mundo será el próximo elemento detonador?.

R. El mantenimiento de la competitividad es importante, pero no es un problema dramático. Es decir, por importante que sea, no es algo que exalte a la gente políticamente. Habrá otras cosas, sin olvidar el efecto generacional.

^(*) Arthur M. Schlesinger, Jr. es el titular de la cátedra de Humanidades Albert Schweitzer, de la City University (Graduate School y University Center) de Nueva York. Autor de varias importantes obras, su libro más reciente es *The Disuniting of America*, Whittle Communications, New York, 1991. La entrevista que aquí se recoge fué dirigida por Richard D. Bartel, editor de *Challenge*.

P. Los posibles detonadores de los años 90 van más allá de la economía estricta, y exigen un nuevo programa político que implique una actuación coherente del gobierno federal.

R. Por supuesto, los problemas económicos no son los únicos, pero la deficiente evolución de la economía ha sido frecuentemente en el pasado la ocasión para la puesta en marcha de reformas positivas. En la fase actual existe la necesidad urgente de llevar a cabo una política auténticamente nacional.

En efecto. Existen muchos problemas que no son más que producto de la negligencia y de la mala administración. Algunos de ellos son explosivos y presentan un gran potencial desintegrador. La lista es impresionante por su amplitud y su profundidad: las crecientes disparidades en rentas y en oportunidades; la multiplicación de los pobres y de los marginados; el deterioro de la justicia racial; la desaparición paulatina de la industria pesada ante la competencia exterior; el empeoramiento de la educación; la contaminación del medio ambiente y el deterioro de la infraestructura; el envejecimiento de las grandes ciudades; la crisis de la sanidad; el enorme incremento de la deuda, pública y privada; el aumento de la delincuencia y de la violencia. Todas estas presiones, a mi juicio, aconsejan ya imperiosamente un cambio en la dirección política, más allá de lo que pueda representar el cambio cíclico generacional.

El cambio de corriente se aprecia ya en cierto modo en el propio George Bush, cuando se presenta como el "presidente de la educación", o como el "presidente del medio ambiente". No es que haga mucho por resolver estos problemas, pero reconoce que existen.

P. Los problemas que usted ha mencionado han ido agravándose con el tiempo y han llegado a ser tan graves que cabe preguntarse si el cambio de corriente puede ser tan rápido y tan profundo como para conseguir alguna mejora significativa.

R. No me gustan los planteamientos apocalípticos. Por supuesto, todos esos problemas no pueden ser resueltos de la noche a la mañana, ni simultáneamente, ni siquiera contando con un gobierno eficaz que quiera hacerles frente. En realidad, es cierto, algunos estudiosos de nuestra historia se muestran muy pesimistas, llegando a poner en duda el futuro mismo de la democracia. Esto parece contradecir lo que ocurre en la Europa del Este, en la Unión Soviética y en el Tercer Mundo.

P. ¿Cuáles son esos estudiosos?

R. Walter Dean Burnham en la izquierda y Kevin Phillips en la derecha sostienen que el Estado progresista e intervencionista desaprovechó la oportunidad de hacer funcionar eficaz y equitativamente el sistema y que su fracaso trajo la contrarrevolución reaganiana, caracterizada por su conservadurismo, la inoperancia gubernamental y la supervaloración del interés privado.

Todos los presidentes conservadores desde el *New Deal* quisieron contener la expansión del intervencionismo estatal, pero ninguno supo cómo hacerlo hasta la llegada de la Administración Reagan. Yo no sé si Reagan, como ha sostenido Pat Moynihan, concibió el déficit o si este se produjo solo. El caso es que el volumen que alcanzó en los años 80 -sin precedentes en años de paz- ha hecho imposible todo tipo de gobierno constructivo. Así no puede extrañar que se hayan agravado como lo han hecho todos los problemas que citaba antes.

La contrarrevolución reaganiana no hizo más que empeorar esa situación. Puso al país contra el Estado y contra los impuestos. Recuerden que después de ocho años republicanos, en los 50, con George Humphrey

como Secretario del Tesoro, el tipo marginal superior era del 91 por ciento. Esto contrasta enormemente con la situación del año pasado, en que los ricos, ante el aumento del 28 al 32 del tipo, reaccionaron como si esto supusiera el fin de la civilización occidental. Tan aparatosa es esa oposición que los políticos -los cuales, en privado, no ven otra alternativa que la elevación de los impuestos- permanecen silenciosos, dado que el hecho de mostrarse públicamente a favor de una subida de los tipos equivaldría a un suicidio político.

P. ¿Es esa impresión de parálisis de las instituciones públicas lo que lleva a Walter Dean Burnham y a Kevin Phillips a mostrarse tan pesimistas?

R. La gente empieza ahora a ver el "doble fracaso"; es decir, el fracaso tanto del Estado del bienestar como de la alternativa liberal. Según Kevin Phillips, no habíamos tenido un fracaso por partida doble desde la década de los 1850. La política norteamericana puede entrar en una etapa nueva y peligrosa, susceptible de conducir a un autoritarismo nacionalista y populista de derechas, posible base de un Estado activista y represivo. Burnham, por su parte, ve una crisis de la capacidad de gobernar *in governance*, una crisis que puede "afectar a los mismos fundamentos del régimen constitucional".

P. ¿Cuál es su actitud antes estos puntos de vista?

R. Como dije, me siento escéptico antes las posiciones catastrofistas. Los valores democráticos se hallan profundamente arraigados en la sociedad norteamericana. Incluso la contrarrevolución de Reagan ha dejado prácticamente intactos los logros del *New Deal* y de la *Great Society*. Según veo yo las cosas, los años 90 proporcionarán una nueva oportunidad a los defensores del interés público y del activismo estatal. Se abrirán las puertas a la generación de hombres y mujeres que maduraron políticamente en los años de Kennedy. Serán estos los que cambiarán el estado de ánimo del país y los que aportarán un nuevo impulso a las reformas innovadoras, de forma parecida a lo que ocurrió después de que asumieran la presidencia Teddy Roosevelt en 1901, F.D. Roosevelt en 1933 y John F. Kennedy en 1961.

P. En el número de *Challenge* correspondiente a Mayo/Junio de 1991, Henry Kaufman expresó su preocupación ante la posibilidad de que la propuesta de reforma del sistema bancario norteamericano presentada por la Administración Bush pueda conducir a una concentración sin precedentes de poder económico y político en manos de un pequeño grupo de superdirectivos de gigantescos conglomerados industriales-comerciales-bancarios. Sus temores de un "Estado corporativista", junto con las perspectivas poco tranquilizadoras dibujadas por Burnham y Phillips, sugieren una nueva era histórica alejada de los ciclos repetitivos. ¿Nos hallamos realmente ante un nuevo y preocupante futuro?

R. La democracia, en este siglo, resistió dos desafíos importantes. El primero estuvo constituido por el fascismo y el nazismo. El segundo, por los comunismos soviético y chino. Aquél acabó estrepitosamente y el segundo termina en un silencioso fracaso. Por el momento, no hay alternativa a la democracia.

Esta tiene ante sí la gran oportunidad de dar solución a algunos de los problemas internos que, de otra forma, podrían conducir a la gente a nuevas alternativas ideológicas. Desde esta perspectiva, el colapso del comunismo no debería ser sólo causa de satisfacción. En realidad debería significar que la democracia tiene una nueva oportunidad de hacer frente a alguno de nuestros problemas actuales. La democracia funcionó bien en 1900. Treinta años más tarde se hallaba a la defensiva en todas partes porque no supo encontrar salida adecuada a los problemas planteados por la Gran Depresión y por el desempleo masivo. Hoy tiene ante sí otra oportunidad.

<...>

P. ¿Se siente así optimista acerca de un nuevo ciclo reformista en los años 90?.

R. Como historiador, me juzgo pesimista a corto plazo y optimista a largo. William James acostumbraba a decir que los temperamentos determinan las filosofías. Yo soy optimista por temperamento.

P. ¿Y qué me dice del temperamento del pueblo norteamericano?.

R. Los norteamericanos, al igual que el resto de la gente, son muy temperamentales, y creo que pueden ser horribles en la prosperidad y no del todo malos en la adversidad.

P. En la adversidad nos unimos, ¿no es verdad?. La gran pregunta, por consiguiente, es cuán grave ha de llegar a ser la adversidad para que se produzca la cohesión y ésta se convierta en acción.

R. Esa, en efecto, es la gran cuestión. Ahí es donde la capacidad de dirección puede marcar la diferencia, ya que un buen liderazgo puede hacer que la gente entienda problemas que personalmente es incapaz de percibir.

P. ¿Ve usted algún nuevo líder?. Si se contempla el pasado, ¿han sufrido los partidos una falta de grandes dirigentes durante el período de transición de un ciclo a otro?.

R. El liderazgo es un producto de la situación. No creo que el Partido Demócrata esté más desorganizado o más desmoralizado hoy de lo que estaba en 1928 y 1932. Esto no impidió que los demócratas fueran un gran instrumento de acción nacional a partir de 1933. F. D. Roosevelt no era una figura dominante, de gran autoridad, pero obtuvo la Presidencia. Lo mismo puede decirse de Kennedy. Es muy difícil decir qué líderes aparecerán en la situación presente... La situación crea la persona, y el hombre o la mujer contribuye a la configuración de la situación.

P. Las elecciones de 1992 se celebrarán tras una década de confrontación ideológica en Estados Unidos ¿En qué medida encontramos antecedentes similares en otros períodos de nuestra historia?

R. El debate político fue en los 80 más ideológico que en otras fases de la historia norteamericana. Esto es significativo, porque lo ideológico no forma parte del carácter del ciudadano medio de este país. El filósofo norteamericano más característico, el ya citado William James, fue el filósofo del pragmatismo. Odiaba la ideología. Además, históricamente, hemos sido muy susceptibles ante la ideología. Como nación, parecemos vacilar entre la tentación ideológica y la necesidad pragmática.

P. ¿Fueron los años Reagan años de tentación?.

R. Sí, pero en el caso de Reagan tiene usted a un hombre poco interesado en los detalles de nada. Tenía algunas ideas muy generales y muy abstractas que constituían una ideología. Luego resultó que el país tuvo suerte cuando Reagan pudo, de alguna forma, reunir a un grupo de gente moderada y capaz que supo traducir las abstracciones de aquél -o tal vez sus devociones- en unas políticas que pudieron ser aún más desastrosas de lo que fueron, aunque lo fueron bastante.

P. Partiendo de la etapa Reagan-Bush, ¿ve usted ahora que la corriente histórica puede cambiar de sentido en los años 90?

R. Los historiadores se sienten más a gusto hablando del pasado que del futuro, pero, desde luego, creo que vamos a entrar en una fase de reforma en esta década. Dirigiendo la vista atrás, la reforma no parecía muy prometedora en 1931, y tampoco en 1961. Tampoco parece inminente en 1991. Creo que en 1996 el estado de ánimo del país será muy diferente. El electorado pedirá cambios.

Nos hallamos en unos tiempos de enormes problemas que llevan al límite los recursos del país. La lógica de tal estado de cosas sugiere coordinación -no confrontación- basada en la actuación consensuada de la Administración, de las empresas y de la mano de obra dirigida al crecimiento económico. En *The Cycles of American History*, he señalado cómo tal coordinación tiene espléndidos antecedentes en el pasado norteamericano. Debemos acudir una vez más a ese sentido de comunidad, del bien común, del bienestar general. La tradición de gobierno activo es tan auténticamente norteamericana, está tan integrada en nuestra historia nacional, la encontramos tan fuertemente identificada con nuestros mayores gobernantes y define con tanta fidelidad las ideas y el carácter de este país como la tradición de defensa menos solidaria del propio interés y de la empresa privada. Acabamos de pasar por una etapa en la que el credo predominante del *laissez faire* ha autorizado todo tipo de actuaciones y lo ha supeditado todo a la obtención del mejor provecho individual. Una Administración más celosa del bienestar general supone algo más elevado para los norteamericanos, la mejor oportunidad de fortalecer nuestra democracia, de preservar nuestras instituciones y de extender las libertades de nuestro pueblo.